De esta obra de Ramón Pernas, lo primero que alabaré es que cuenta cosas. Esto les sonará a elemental, cuando estamos hablando de una novela, pero no es tan obvio como parece. Los narratólogos saben mucho de novelas que parecen esquivar el argumento sólido, los personajes netos y el arte de contar con naturalidad y eficacia, cuando somos pocos los lectores que agradecemos ser enganchados ya en la primera página para vivir dentro de un mundo que nos acoja y fascine. Pero estos regalos no siempre se encuentran en las abarrotadas mesas de novedades, de las librerías tradicionales como de los empujadores Cortes Ingleses. Es un aviso para mí mismo, que autoridad no tengo para guiarles a ustedes. A estas alturas de la película uno no está por la labor de perder las horas y la vista en un libro que no le de gusto. Y esto es lo primero que he festejado en si me dices ven: que no me haya dado tregua una vez que me dispuse a su disfrute.

Pero claro está que no basta lo que se cuenta, sino el cómo se cuenta. La sabiduría de Cervantes define en el *Coloquio de los perros* que unas historias tienen la gracia en ellas mismas mientras otras lucen por el modo de contarlas. Lo bueno es que no falte lo uno ni lo otro. La prosa de Ramón Pernas a cualquier tiene lo formalmente necesario para cautivar a cualquier lector, aunque confieso una predisposición a favor que me viene de algunas importantes coincidencias en el entendimiento de la literatura, puede que también influya la vecindad geográfica, y por qué no decir el paisanaje. Si tú me dices ven es una novela de nuestro tiempo en un mundo cada vez menos ancho y menos ajeno. El autor se cuida muy mucho para no caer en cualquier exceso localista -y más aún escapa al folclorismo y al costumbrismo-, pero allí en el fondo, como un olor o una temperatura, como una humedad de la tierra y del alma, yo reconozco en Ramón Pernas la estirpe de los narradores del Noroeste. Escribe con las palabras y la norma de la Real Academia Española, pero hay en su voz esa complacencia que identifica a los fabuladores de nuestra tierra, ese gusto por el arte de contar; y también un instinto de la economía verbal para que la historia llegue al destinatario sin extraviarse en meandros inútiles. Ana Karenina es una gran novela, pero contiene repeticiones irritantes que demuestran la desconfianza del autor respecto a las entendederas del lector. En ese aspecto -y no se me escandalicen a ustedes- prefiero al novelista Ramón Pernas, que no necesita las ochocientas densas páginas de Tolstoi para contarnos una historia completa, bien rica de detalles y matices.

El protagonista masculino de Pernas, funcionando como narrador en primera persona, parte en su relato del Vilaponte natal y marítimo, topónimo que supongo inventado aunque a saber, si uno bucease en aquel Baylli-Bayllièrer de la ferretería

de mi padre. Pero el autor - ya he dicho su esquivez para el localismo- tiene poco interés en precisarnos su ubicación exacta. Le interesa más la geografía de su propia alma. En el deslumbramiento de su estancia en Paris o en otros trances cosmopolitas, ese Vilaponte puede ser olvidado o incluso desdeñado, es "el país de la lluvia", rebasado -eso cree el personaje -para todo el resto de su vida. Se equivocaba. Luego vendría -siempre viene- la reconciliación y el regreso a las raíces. Lo mismo que con el paso del tiempo iba a crecer la figura de la madre, hasta culminar en ese escrúpulo de la culpa cuando ya no, cabe la reparación: el pensamiento de si nos habremos portado bien con el ser querido cuando la muerte se lo lleva

No me resisto al deseo de registrar aquí una muestra de eso que llaman los criticos "calidad de página", en un momento de la narración dedicado a la madre: "Eligió el más cantarino de sus tonos, su alegre voz de las tonadas antiguas, de las canciones que alguien trajera de La Habana a sus labios, cuando mozos; aquella voz poblada de risa capaz de abrir la fantasía de barcos que traían licores grises de los puertos de Remotía, para mí, el nombre de los países que no venían en los mapas; la voz que me enseñó a decir, a hablar mis primeras palabras, que dio un especial soniquete a mis oraciones párvulas, y que yo imitaba."

Emoción y poesía palpitan en estas líneas, sin llegar al género empalagoso del lirifolio. Y qué eficaz, y qué de nuestra tierra el empleo del subjuntivo en ese "que alguien trajera de la Habana", una forma de pretérito que nos suena como lejana y no concluido del todo.

Desde Vilaponte maternal en el viaje del protagonista y la recién casadita -aunque tendré mucho cuidado para no desvelarles el argumento-, la pareja cumple el primer tramo de su destino. "Entrábamos en la ciudad, faltaban todavía algunas horas para la salida del tren." El autor no nos dice qué ciudad, pero yo lo sé. Sé cuál es el río y el parque de capital de provincia, podría decir el nombre y el sabor de los bollos de la afamada confitería de la Calle Mayor, que en el callejero municipal tiene otro nombre, de mucho porte y realeza. Y si no acierto en mis conjeturas, tanto me da, que nadie podrá quitarme esta condición de lector cómplice.

Luego vendrán otros ámbitos. Madrid con sus tertulias, París, como ya he dicho -Sartre, el diario Le Monde-, Roma, la Lisboa de la Revolución de los Claveles. Pero no por exhibicionismo, sino con la naturalidad de lo que viene exigido por la historia que se cuenta. Y Chile, Chile siempre al fondo del relato y de los ojos de la mujer protagonista de la novela.

Ah, esta mujer, de la que no quiero decir mucho más; me callaré incluso su nombre,

que constituye, a mi entender, la clave, el valor máximo de la novela. Me refiero a su transformación: la "sonrisa bobalicona" (textual, página 17) de una burguesita de Vilaponte que leía alguna novela y escuchaba asiduamente los discos dedicados de la radio, que al final cuajaría en la figura de una mujer compleja concretamente, y en toda la extensión del término: en una heroína.

Creo que debo terminar estas anotaciones. Lo tengo fácil si regreso, como se cierra un círculo, a la declaración del propio autor en el pórtico de su libro: "La vida no es otra cosa que una sucesión de notas previas." Esto han sido mis palabras de esta noche, apenas unos apuntes para invitarles a ustedes al encuentro con un valor emergente y seguro de nuestra novelística. Enhorabuena, Ramón.